

Sobre la tierra se mostró sin voluntad propia, para hacer solo la del Padre (1). Se sometió á la obediencia de María y de José (2), y obedeció hasta á sus mismos enemigos. Aquí obedece á la palabra de todo sacerdote que le hace venir á sus manos, consagrando el pan y el vino, y á la voluntad de quien le expone públicamente, ó le encierra en el Sagrario, y á la de cuantos quieren recibirle en su pecho, siquiera sea indignamente y para ultrajarle.

En los dias de su carne vivió oculto en Nazaret, y amó siempre la soledad y la oracion. En la Sagrada Eucaristía se esconde, y su estado en ella es el de una inmolacion perpétua y de una oracion no interrumpida. Allá, no solo abrazó la humillacion voluntaria, sino que se sometió al desprecio, al abandono y á la persecucion; y aquí sufre la persecucion de los herejes, las blasfemias y el desprecio de los impíos, y la indiferencia y abandono de los que, llamándose cristianos, no tienen de tales mas que el nombre. Allá, en fin, su corazon estuvo siempre dispuesto á oír todas las súplicas, á remediar todas las miserias y enjugar todas las lágrimas; aquí hace lo mismo y acoge al pecador, perdona á la adúltera, abraza al hijo pródigo, y repite á cada momento: Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré y os daré fuerzas (3). ¡Oh humildad de Jesus, cómo confundes nuestro orgullo! ¡Oh amor, cómo no triunfas de la indiferencia filosófica, de la impiedad libertina, de la hipocresía farisáica, y de la tibieza tan general entre los mismos cristianos!

¿Pero es tan solo permanecer entre los hombres, y

(1) Joann. VI, 38.

(2) Luc. II, 51.

(3) Matth. XI, 28.

derramar en sus corazones tesoros de caridad, lo que se propuso Jesucristo al instituir ese Sacramento? No, hermanos: esto no basta á sus amorosos designios. Tres son las causas de su institucion, dice Santo Tomás: la memoria del Salvador, el sacrificio del altar, el alimento del hombre (1). Hemos visto la primera: fijémonos ahora en la segunda.

En el discurso anterior consideramos á Jesucristo como Redentor del género humano, y reconciliando al mundo con Dios. Con la oblacion voluntaria del cuerpo de Cristo hecha una sola vez, somos santificados, dice San Pablo (2). ¿Cesará con ello todo sacrificio? No, Señores: el sacrificio es el acto principal de la religion; esta es necesaria y natural al hombre; pero no se concibe sin sacrificio; que por ello dice Santo Tomás, que su oblacion es de derecho natural (3). Cesarán, sí, las víctimas antiguas, que no eran sino una figura del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (4), y que en su misma variedad y multiplicacion, dice San Juan Crisóstomo, acusaban su insuficiencia para expiar el pecado (5), que no se borra con la sangre de los machos de cabrío y de los becerros (6), sino con la del Cordero místicamente sacrificado desde el principio del mundo (7); pero no cesará el sacrificio de este Cordero que

(1) Causa institutionis est triplex: memoria Salvatoris, sacrificium altaris, cibus hominis. (S. Thom., *Opusc.* 58, c. 1.)

(2) Hebr. X, 14.

(3) Oblatio sacrificii pertinet ad jus naturale. (S. Thom., 2. 2. quæst. 85, art. 1.)

(4) Joann. I, 29.

(5) Illæ autem hostiæ multæ. Ideo enim non validæ, quia multæ. Quid enim opus erat multis, si una sufficeret?.... Secus autem in Christo. Semel oblatus est, satisque ea in æternum oblatio fit. (S. Joann. Chrysost., *Hom. 17 in Ep. ad Hebr.*)

(6) Hebr. X, 4.

(7) Apoc. XIII, 8.

pacífica al cielo y á la tierra (1). El Profeta lo había anunciado en nombre de Dios: «Desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los ejércitos (2).

Dios Padre ungió á su Hijo Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (3). Si Sacerdote, dice San Pablo, ha de tener algo que ofrecer (4). Si Sacerdote para siempre, no ha de cesar la oblacion del sacrificio. Si Sacerdote segun el orden de Melchisedech, ya no tendrá lugar la oblacion de víctimas sangrientas que pertenecian al orden de Aaron, sino la del pan y del vino, que como Sacerdote del Dios Altísimo ofreció Melchisedech (5). Tanto el sacrificio de este como los de Aaron, eran figurativos del de Jesucristo; pero los del último, sacrificios sangrientos, que anunciaban el del Calvario, debieron cesar y cesaron en cuanto fué inmolado Jesucristo en la Cruz, como había profetizado Daniel (6). Carecian de objeto, porque nada significa la figura, cumplida ya la realidad, habiendo entrado Cristo Jesus por su propia sangre en el tabernáculo, encontrando la redencion eterna (7). El de Melchisedech no debía cesar, sino durar perpétuamente, elevado á mas sublime excelencia, como reconocieron los mismos judíos (8).

(1) Colos. I, 20.

(2) Malach. I, 2.

(3) Psalm. CIX, 4.

(4) Hebr. VIII, 3.

(5) Gen. XIV, 18.

(6) Dan. IX, 27.

(7) Hebr. IX, 11, 12.

(8) Tempore Messiae omnia sacrificia cessabunt; sed sacrificium panis et vini non cessabit. Rex Messias excipiet a cessatione sacrificiorum sacri-

Ahora bien: esa oblacion figurativa del pan y del vino, hecha por aquel gran Sacerdote, tiene su cumplimiento en la Sagrada Eucaristía. En la noche en que el Pontífice eterno, Cristo Jesus, instituyó el sacerdocio de la nueva ley y el sacrificio que debía sustituir á los antiguos, tomó en sus manos el pan y el vino, y dando gracias al Padre, los bendijo diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: tomad y bebed, esta es mi sangre, que por vosotros será derramada: esta es la sangre de la nueva alianza, que Dios hace con el hombre. Cuantas veces hagais esto, hacedlo en memoria de mí. Cuantas veces, pues, haciendo esta oblacion al Padre, comereis este pan y beberéis esta sangre, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga, esto es, hasta el fin de los tiempos (1).

Ved ahí, Señores, al Sacerdote; ved la víctima y su inmolacion y el objeto de ella. El Sacerdote es Cristo Jesus, á quien dice Dios Padre: Tú eres Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (2), y que realiza lo que este figurára, ofreciendo el pan y el vino. La víctima, Jesus lo dice, es su cuerpo sacrificado para salud del mundo. La inmolacion la expresan sus palabras con que consagra separadamente el pan y el vino, y convierte la sustancia de aquel en su cuerpo, y la de este en su sangre, separándolas como en señal de destruccion y de muerte. El objeto del sacrificio es el perdon de los pecados, la reconciliacion con Dios, la alianza, el tratado de paz entre el Criador y la criatura, que se ratifica con la sangre de Jesucristo, como la antigua alianza con la

ficium panis et vini, sicut dicitur: tu es Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech. (Rabbi Finees, in *Bereschit Rabba*.)

(1) Matth. XXVI, 26, 28.—I Cor. XI, 23, 26.

(2) Psalm. CIX, 4.

de las víctimas que ofreció Moisés (1). Su perpetuidad, en fin, en las palabras de Jesucristo: Haced esto en memoria de mí (2); y como se lee en San Pablo: Anunciad con esto la muerte del Señor hasta que venga (3).

Así es, Señores, como Jesucristo perfecciona y perpetúa su obra. Descendió del cielo para restaurar todas las cosas (4), y para cumplir lo que había anunciado Dios por el Profeta: Vendrán días en que celebraré una alianza nueva con la casa de Israel y con la casa de Jacob, no como la que hice con sus padres el día que, tomándolos por la mano, los saqué de Egipto; sino que daré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en sus corazones, y yo seré su Dios, y yo seré su pueblo (5).

El pueblo de la nueva alianza ha de ofrecer á Dios sacrificio como el de la antigua; pero mas perfecto que los de este, cuanto es mas perfecto el nuevo testamento, como dice S. Pablo (6); y así como en el Antiguo se ofrecían á Dios los animales, con cuya sangre fué confirmada y sellada la alianza primera, así en el Nuevo, la víctima no puede ser sino la que con su sangre consumó la alianza anunciada por el profeta, purificando al mundo de sus pecados y encontrando la redención eterna. Esa víctima es Jesucristo, que estableciendo el nuevo sacerdocio, por medio de él quiere ser víctima ofrecida á Dios en todo lugar y en todo tiempo, perpetuando el sacrificio de la cruz, por el cual entró una sola vez

-
- (1) Hebr. IX, 19, 20.
 (2) I. Cor. XI, 24.
 (3) Id. id., 26.
 (4) Ephes. I, 10.
 (5) Jerem. XXXI, 31, 33.
 (6) Hebr. VIII, 6.

para siempre como Pontífice eterno en el santuario del cielo, para presentarse delante de Dios por nosotros (1).

En la cruz se ofreció él mismo porque quiso (2); aquí se pone en nuestras manos para que le ofrezcamos nosotros. Ofreciéndolo, rendimos á Dios el culto supremo de adoración, que es el primer deber de la criatura y el acto esencial de la religión, inmolándole en holocausto esa víctima preciosísima, que es su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias (3). Con esta oblación tributamos á Dios la mas perfecta acción de gracias por sus beneficios, presentándole en sacrificio eucarístico á su Hijo, cuya grandeza iguala á la del Padre (4). Siendo como somos pecadores, que todos los días ofendemos á Dios en muchas cosas (5), atraemos su misericordia por medio de esa hostia de propiciación, que sacrificada una vez en la cruz por los pecados del mundo, se ofrece todos los días en el altar para que se nos apliquen sus méritos en remisión de nuestras culpas cotidianas (6). Por este sacrificio, en fin, imploramos de la bondad divina, todos los bienes conducentes á nuestra salvación, y nos llegamos con confianza al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia, y hallar gracia para ser socorridos en tiempo oportuno (7), presentando á Dios por mediador á Jesucristo, que nos dice: Si alguna

-
- (1) Hebr. IX, 24.
 (2) Isai. LIII, 7.
 (3) Matth. XVII, 5.
 (4) Joann. X, 30.
 (5) Jacob. III, 2.
 (6) Sicut Corpus Christi semel oblatum est in cruce pro debito originali, sic offeratur jugiter pro nostris delictis in altari, et habeat in hoc Ecclesia munus ad placandum sibi Deum super omnia legis sacrificia. (S. Thom., Opusc. 58, c. 1.)
 (7) Hebr. IV, 16.

cosa pidiéreis al Padre en mi nombre, creed que os será concedida (1).

Comprendamos, pues, Señores, cuánto debemos á Jesucristo por haber instituido la Sagrada Eucaristía, para perpetuar en la tierra la oblacion salvadora de su cuerpo y sangre, y llenos de gratitud y de amor aprovechémonos de este inefable beneficio, asistiendo con fe y con humildad al gran sacrificio. Ofrezcámoslo á Dios en union del mismo Jesucristo que se inmola en manos del sacerdote, participando de él por la comunión, que es el complemento de esta obra divina.

Siempre, Señores, y en todos los pueblos, lo mismo en el hebreo, que conservó las tradiciones primitivas, que en los gentiles que las adulteraron, siempre la manducacion de la víctima era considerada como la consumacion del sacrificio. Comiendo lo que se habia ofrecido á Dios, y era mirado como cosa santificada y hecha divina por la aceptacion del sacrificio, figuraban confirmar su alianza con Dios y unirse á él por la participacion de lo que era suyo, para recibir el fruto de la inmolation. En el sacrificio sangriento de la Cruz no pudo tener lugar esta participacion, y Jesucristo lo realiza en el Eucarístico con aquellas palabras: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado á la muerte: tomad y bebed; esta es mi sangre, que se derramará para vuestro rescate (2). Por ello decia San Ambrosio: Si cuantas veces se derrama místicamente esta sangre, se ofrece en remision de los pecados, debo recibirla siempre, para que siempre se me perdonen. Ya que soy débil y caigo siempre, debo tomar todos los dias esa

(1) Joann. XVI, 23.

(2) Matth. XXVI, 28.

medicina (1). Por ello la Santa Iglesia, en el Concilio de Trento, exhorta á todos los fieles á que asistan al augusto sacrificio del altar, y á que no se priven de la participacion perfecta de él por la Comunión eucarística (2). Por ello el mismo Jesucristo, al anunciar la grande obra de su amor, decia á las turbas: Si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros: el que come mi carne y bebe mi sangre, vivirá eternamente, porque vivirá de mi misma vida (3).

La comunicacion de esta vida consumando su union con nosotros, es lo que se propuso el Salvador al instituir la Sagrada Eucaristía. Fijemos en ello nuestra consideracion.

SEGUNDA PARTE.

Tomad y comed: este es mi cuerpo. Tomad y bebed: esta es mi sangre (4). Ved aquí, Señores, la mas sublime manifestacion de la caridad infinita con que nos ama el Verbo hecho hombre. Con razon dice San Juan: Como

(1) Si quoties effunditur sanguis, in remissionem peccatorum funditur, debeo illum semper accipere, ut semper mihi peccata dimittantur. Qui semper pecco, semper habere debeo medicinam. (S. Ambros., *De Sacram.*)

(2) Optaret S. Synodus, ut singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed Sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent. (*Conc. Trid.*, sess. 22, cap. 6.)

(3) Joann. VI, 54.

(4) Matth. XXVI, 26, 28.